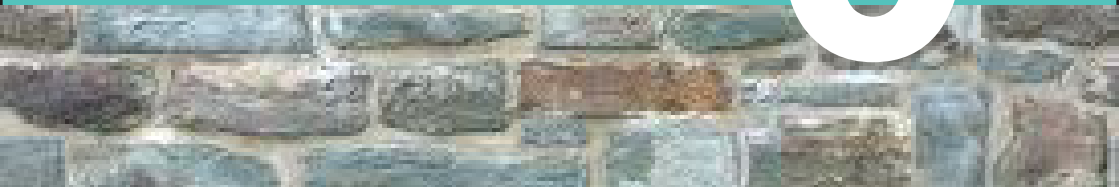


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2001
Reedición 2014

0



Texto de la Regla

Prólogo.

EXHORTACION DE SAN FRANCISCO A LOS HERMANOS Y HERMANAS DE PENITENCIA

¡En el nombre del Señor!

De los que hacen penitencia

Todos aquéllos que aman al Señor con todo el corazón, con toda el alma y la mente y con todas sus fuerzas (cf. Mc 12,30), y aman a sus prójimos como a sí mismos (cf. Mt 22,39), y aborrecen sus cuerpos con sus vicios y pecados, y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y hacen frutos dignos de penitencia: ¡Oh, cuán dichosos y benditos son aquéllos y aquéllas que practican estas cosas y perserveran en ellas!

Porque se posará sobre ellos el espíritu del Señor (cf. Is 11,2) y hará de ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23), y son hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras realizan, y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50).

Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a nuestro Señor Jesucristo. Le somos hermanos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en los cielos (cf. Mt 12,50); madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1 Cor 6,20) por el amor divino y por una conciencia pura y sincera; y lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros (cf. Mt 5,16).

¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo es tener un tal esposo, consolador, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo! El que dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró así al Padre: Padre santo, guarda en tu nombre (Jn 17,11) a los que me diste en el mundo; tuyos eran y me los diste a mí (Jn 17,6). Y las palabras que me diste, a ellos las dí; y ellos las recibieron y creyeron verdaderamente que salí de tí y conocieron que tú me enviaste (Jn 17,8). Ruego por ellos y no por el mundo (Jn 17,9) Bendícelos y conságralos (Jn 17,7); también yo me consagro a mí mismo por ellos (Jn 17,9). No ruego solamente por ellos, sino por los que han de creer en mí por su palabra (Jn 17,20), para que sean consagrados en la unidad (Jn 17,23), como también nosotros (Jn 17,11). Y quiero, Padre, que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria (Jn 17,24) en tu reino (Mt 20,21). Amén.

De los que no hacen penitencia

Pero, en cambio, aquéllos y aquéllas que no llevan vida en penitencia, y no reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y ponen por obra vicios y pecados y caminan tras la mala concupiscencia y los malos deseos de su carne y no guardan lo que prometieron al Señor, y sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales y con los afanes del siglo y con las preocupaciones de esta vida, apresados por el diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen (cf. Jn 8,41), son unos ciegos, pues no ven a quien es la luz verdadera, nuestro Señor Jesucristo.

No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre; de ellos se dice: Su sabiduría ha sido devorada (Sal 106,27) y: Malditos los que se apartan de sus mandamientos (Sal 118,21). Ven y conocen, saben y practican el mal, y a sabiendas pierden sus almas.

Mirad, ciegos, estáis engañados por vuestros enemigos: la carne, el mundo y el diablo; porque al cuerpo le es dulce cometer el pecado y amargo servir a Dios; pues todos los vicios y pecados, del corazón del hombre salen y proceden, como dice el Señor en el Evangelio (cf. Mc 7.21)

Y nada tenéis en este siglo ni en el futuro. Pensáis poseer por mucho tiempo las vanidades de este siglo, pero estáis engañados, porque vendrán el día y la hora que no pensáis, desconocéis e ignoráis; se enferma el cuerpo, se acerca la muerte, y se muere así con muerte amarga.

Y donde sea, cuando sea y como sea que muere el hombre en pecado mortal sin penitencia y sin satisfacción, si, pudiendo satisfacer, no satisface, arrebatada el diablo el alma de su cuerpo con tanta angustia y tribulación, que nadie las puede conocer, sino el que las padece.

Y todos los talentos y el poder, y la ciencia y la sabiduría que creían tener, les serán arrebatados (cf. Lc 8,18: Mc 4,24).

Y legan a los parientes y amigos su herencia; y éstos, tomándola y repartiéndosela, dicen luego: Maldita sea su alma, pues pudo habernos dado y ganado más de lo que ganó.



El cuerpo se lo comen los gusanos, y así pierden cuerpo y alma en este breve siglo, e irán al infierno, donde serán atormentados sin fin.

A todos aquéllos a quienes llegue esta carta, rogamos, en la caridad que es Dios (cf. 1 Jn 4,16), que acojan benignamente con amor divino las sobredichas odoríferas palabras de nuestro Señor Jesucristo. Y los que no saben leer, hánganselas leer con frecuencia, y reténgalas consigo con obras santas hasta el fin, porque son espíritu y vida (Jn 6,63). Y los que no hagan esto tendrán que dar cuenta en el día del juicio (cf. Mt 12,36) ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo (cf. Rom 14,10).



ACTIVIDADES:

1. Revisando algunas de las referencias bíblicas del texto. Leelas y comparte con los hermanos:

a. Mc. 12, 28-34 ¿Cuál es el principal mandamiento?

b. Jn. 14, 23 ¿Qué promete Jesús a los que le aman y 'guardan' su palabra? ¿Qué implica 'guardar' su palabra?

c. Mt 12, 50

2. ¿A qué nos invita Francisco en el último párrafo de su carta? ¿Qué implica...

... acoger.

... retener

... con obras

... hasta el fin.

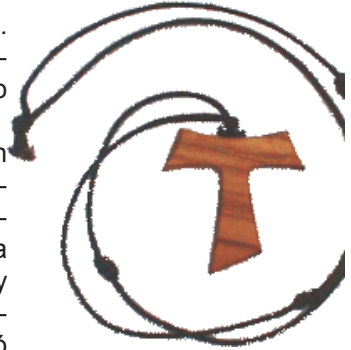
“A todos aquéllos a quienes llegue esta carta, rogamos, en la caridad que es Dios (cf. 1 Jn 4,16), que **acojan** benignamente con amor divino las sobredichas odoríferas palabras de nuestro Señor Jesucristo. Y los que no saben leer, háganselas leer con frecuencia, y **reténgalas** consigo **con obras** santas **hasta el fin**, porque son espíritu y vida (Jn 6,63). Y los que no hagan esto tendrán que dar cuenta en el día del juicio (cf. Mt 12,36) ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo (cf. Rom 14,10). “

3. Si observas los títulos que dividen la carta en dos partes, hacen referencia a la PENITENCIA. ¿Qué implica ese término para vos? ¿Qué sinónimos podrías proponer?



LA «TAU», SÍMBOLO FRANCISCANO

La Tau «T» es la última letra del alfabeto hebreo. Decimonona letra del alfabeto griego, que corresponde a la que en el nuestro se llama «te». Pero es también una señal o signo, todo un símbolo. San Francisco profesaba una profunda devoción al signo Tau, del que habla expresamente el profeta Ezequiel (9,3-6) y al que se refiere implícitamente el Apocalipsis (7,2-4). Con ella firmaba cartas y marcaba paredes, y sanaba heridas y enfermedades. En el ánimo de Francisco pudieron influir el discurso con que Inocencio III abrió el Concilio IV de Letrán, la cruz en forma de tau que llevaban los monjes antonianos sobre el escapulario, la liturgia y el arte sagrado, etc. Para el Santo, la Tau, como la cruz cristiana, era signo de conversión y de penitencia, de elección y de protección por parte de Dios, de redención y de salvación en Cristo. Desde hace algunos decenios, se ha revalorizado el uso de la Tau en la familia franciscana; se la ve frecuentemente en libros, revistas, cuadros, etc., y la llevan sobre sí, como signo distintivo, muchos hermanos y hermanas tanto de la Primera como de la Tercera Orden, sea ésta religiosa o seglar. Para profundizar en su significado recogemos algunos textos:



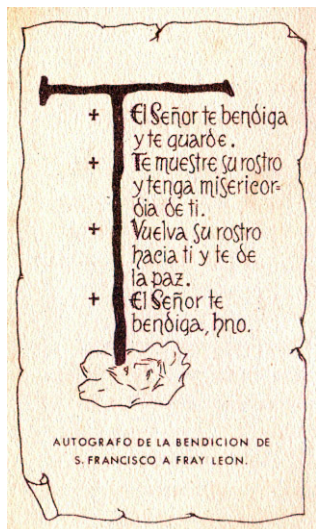
Tratado de los milagros, de Celano: «La señal de la Tau le era preferida sobre toda otra señal; con ella sellaba Francisco las cartas y marcaba las paredes de las pequeñas celdas» (3 Cel 3).

Leyenda Mayor, de S. Buenaventura: «El hermano Pacífico... mereció ver de nuevo en la frente de Francisco una gran Tau, que, adornada con variedad de colores, embellecía su rostro con admirable encanto. Se ha de notar que el Santo veneraba con gran afecto dicho signo: lo encomiaba frecuentemente en sus palabras y lo trazaba con su propia mano al pie de las breves cartas que escribía, como si todo su cuidado se cifrara en grabar el signo tau -según el dicho profético- sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen (Ez 9,4), convertidos de veras a Cristo Jesús» (LM 4,9).

Cf. 2 Cel 106; 3 Cel 3 y 159; LM Pról 2; LM Milagros 10, 6 y 7; Lm 2,9

GESTO:

Cada mañana, cuando cuelgues la TAU en tu cuello, puedes decirte a tí mismo lo que escuchamos el Miércoles de Ceniza: “Conviértete y cree en el Evangelio”



ALABANZAS DEL DIOS ALTÍSIMO

Tú eres santo,
Señor Dios único, que haces maravillas.
Tú eres fuerte, tú eres grande,
tú eres altísimo, tú eres rey omnipotente,
tú, Padre santo, rey del cielo y de la tierra.
Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses,
tú eres el bien, todo el bien, el sumo bien,
Señor Dios vivo y verdadero.
Tú eres amor, caridad;
tú eres sabiduría, tú eres humildad,
tú eres paciencia, tú eres belleza,
tú eres mansedumbre, tú eres seguridad,
tú eres quietud, tú eres gozo,
tú eres nuestra esperanza y alegría,
tú eres justicia, tú eres templanza,
tú eres toda nuestra riqueza a satisfacción.
Tú eres belleza, tú eres mansedumbre;
tú eres protector,
tú eres custodio y defensor nuestro;
tú eres fortaleza, tú eres refrigerio.
Tú eres esperanza nuestra, tú eres fe nuestra,
tú eres caridad nuestra,
tú eres toda dulzura nuestra,
tú eres vida eterna nuestra:
Grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, misericordioso Salvador.
Amén.

